

cada uno de sus relatos que constituye la llama irremplazable de toda labor artística, pues coloca el talento primario junto a la disciplina estricta de la observación y de la cultura. Sin que ninguna de las dos se sobrepasen con perjuicio de ambas; sin que el artista haga alarde de su «ignorancia» de los conocimientos adquiridos, satisfecho con sus aptitudes creadoras, desplazando su material expresivo hasta un gesto ingenuo y trivial que reducido a lenguaje, dice: «Qué me importan a mí los sabios, yo soy artista...!». Y en el caso contrario, sin que el erudito asfixie al artista y lo lleve a confundir la poesía con el tratado, la novela con el ensayo filosófico o social, el cuento con el análisis clínico, frío y espectral. Porque el arte es el justo equilibrio de ambas fuerzas, tal como la vida es la expresión jugosa, limpia y desconcertante de los elementos que la integran.

Así encontramos a Fernando Santiván, después de tantos años transcurridos sin leerlo, dotado de una equilibrada plenitud que sitúa los cuentos de su libro «El bosque emprende su marcha», (Zig-Zag, 1946) a la altura de los más perfectos del género.

«TERRITORIO DEL FUEGO».

El hecho de que Gladys Thein sea dueña de una Editorial pudiera causar temor a los más exigentes estetas.

Las prensas siempre a disposición de su dueña poetisa son tentadoras y precipitan el anhelo de ver pronto en letras de molde, los trabajos que aun deben prolongar su vigilia en austero manuscrito.

Hay un hallazgo, explica Balzac, con otras palabras, en el paso a la letra impresa. Ocurre, en verdad, que ciertos estilos se valorizan y otros desmerecen irremediabilmente.

Aunque los críticos amigos y enemigos traten de fabricar resonancia al engendro.

Pero mirado el asunto desde otro ángulo, pensamos que la poetisa Gladys Thein posee una perspectiva adecuada de su responsabilidad temporal y eterna, conforme esta última a las ilusiones de todo poeta. Y al mismo tiempo que labora con tesón admirable en su Editorial, confecciona y publica sus trabajos líricos.

No puede negarse que este libro sobrepasa notablemente en calidad a otros trabajos suyos. También agrada el esmero de la edición, a pesar de que el tono celeste de las páginas y el color afichesco de las tapas no satisfacen la pulcritud más estricta.

Ni excesos de adjetivos para apuntalar el ansia de originalidad poética, ni rudezas en los substantivos buscando una expresión demasiado vigorosa y rotunda.

En cambio la soltura con que se maneja la forma proclive a una cierta ingeniosidad lírica algo admonitoria, escéptica y secretamente sentimental que empalaga el oído.

Rafael Alberti en sus «Sermones y Moradas», recogió ese énfasis doctoral y literario que poseen los sermones y otras piezas de igual índole, pero los enriqueció con su vibrante registro poético.

Gladys Thein inspirada como Gabriela Mistral en la Biblia se encauza en una admonición formal que, de imprevisto, se interrumpe, para la felicidad del lector, con versos hermosísimos.

Extraño caso de labor poética que a ratos desciende a la construcción analítica de la prosa, ajena al temblor emocional y la síntesis lírica, pero que, en general, no profana la corrección y el buen gusto.

Por otra parte, la fecundidad, entusiasmo y cuidado de la obra demuestran que la vocación artística de Gladys Thein no está empañada por la grafomanía estéril, vecina del prurito vanidoso de publicar libros.